

# No me gustan las exposiciones ni los museos

MacDiego  
*Diseñador*



Creo más en la posibilidad de una invasión alienígena que en la interesada aleatoriedad de nuestra historia. Muchas veces elaboramos una fábula a partir de unos pocos datos arqueológicos (a veces ni eso) y lo llamamos Historia, así, con mayúsculas. ¿Qué sabemos realmente de la conquista musulmana de la península ibérica en el siglo VIII? ¿Estás seguro de que fue como la han contado? ¿Conoces la fiabilidad de las fuentes? ¿Sabías que JoséCristo, tan importante para nosotros, solo es citado y de pasada por el historiador Flavio Josefo? ¿De qué podemos estar seguros y de qué debemos dudar? Si encontrásemos en un yacimiento etrusco un lugar dedicado a almacenar piezas de diferentes lugares y épocas, ¿qué conclusiones sacarían los historiadores? Sin duda supondría un quebradero de cabeza para los arqueólogos, pero es posible que alguien juntase todas las piezas para elaborar una teoría de acuerdo con un interés nacional. De ahí nacen muchas de las grandes discusiones fundacionales, y los datos pueden ser arrimados a un ascua o a otra, a veces por puros intereses políticos.

Nuestro museo más antiguo data del siglo XVIII, desde entonces gente de todos los estratos sociales los ha visitado buscando el contacto directo con la Historia y la Cultura. Pero, aún en el caso de que solo nos presenten una fábula construida para darle cierta coherencia a nuestro pasado, no hay ninguna duda de que las exposiciones y los museos siguen siendo esos lugares de la ciudad donde todavía es posible disfrutar de un momento relajado y tranquilo. No existe la prisa, el tiempo adquiere otra dimensión, incluso la respiración parece más pausada. Sentimos el sereno placer

de curiosear el entorno y las obras expuestas. Personalmente, disfruto de un plácido estado casi catatónico ante cualquier acontecimiento que suceda en ese contenedor de cultura. Afuera, la realidad está llena de mentiras que si no son torticeras son necesarias para nuestro funcionamiento en sociedad. Pero en las exposiciones no disfrutas de la realidad, solo de una ordenada interpretación de esta. Una supuesta verdad, sí, pero con el sentido y la lógica que suele encontrar en las buenas novelas, casi nunca en la vida real. Por eso una exposición te atrapa, no te deja más escapatoria que la curiosidad y la fascinación por ese pasado que nunca entenderemos del todo.

Si durante el tiempo que ha durado la visita has conseguido olvidarte de tus problemas y miserias cotidianas, bienvenido, es que has disfrutado de la exposición.

Siempre he disfrutado de cierto flirteo con el mundo de las exposiciones. Hace ya años que tuve una pequeña galería llamada *La Guillotina*, donde únicamente exponíamos originales de tebeos. El proyecto murió por falta de tiempo y dedicación, pues todo lo que ahí ocurría empezaba a necesitar de horas de las que ni mi socio Julio Telio ni yo disponíamos. Pero aquella experiencia, de tan solo cinco años, nos recompensó de dos formas: por un lado contactamos con verdaderos *fans* de los tebeos y, por otro, con todos los autores nacionales que admirábamos.

Luego, durante años, me encargué de la comunicación, diseño y ejecución de las actividades culturales de un conocido centro cultural, que más tarde fue fundación de una importante empresa valenciana. Igual preparábamos la difusión de conciertos, como de jornadas, conferencias y, por

supuesto, exposiciones de pintura y colaboraciones con museos nacionales e internacionales, pues muchas veces nuestro cliente no estaba en nuestra ciudad, ni siquiera en nuestro país.

El método habitual para organizar un museo suele ser la muestra ordenada según criterios históricos y temporales. Pero como organizador de exposiciones que estarán funcionando de forma temporal, me gusta jugar con el factor sorpresa. El punto de vista y distribución forman parte del juego, del diseño del espacio y los contenidos.

El catálogo es otra de las piezas clave, la única parte de la expo donde las imágenes, los conceptos y las ideas perduran en el tiempo. Quizá ya no presto la misma atención que antes a las espectaculares publicaciones que enseñan correlativamente un simple listado de las piezas de la muestra. Lo cierto es que me recuerdan a los álbumes de cromos de mi infancia, tan en desuso en nuestros días, tan inútiles, y a la vez tan agradables de atesorar. Pero cada uno de esos catálogos en los que he trabajado, más allá de su contenido, es el resultado de muchas horas de trabajo, así que les doy un valor especial, algo que le dé consistencia también como libro, no solo como objeto para coleccionar. Por eso me gusta contar con diferentes voces especializadas en todo lo relacionado con el tema. A veces con contenidos que no caben como elementos expositivos en la propia expo, pero sí que le dan contexto y sustancia a esta, y convierten el catálogo en un libro de referencia sobre el tema expuesto. Un libro que funcione por sí mismo y que pueda ser consultado muchas veces en el futuro.

En aquellos años me encontré con algo sorprendente: que no era tan esencial que la gente visitase la exposición como que la opinión pública



Arriba. Exposición *813Truffaut*. Abajo. Exposición *ArtoDeSexo*.



Exposición *EnMoto*.Exposición *LaNueve*.

entendiera que en el centro ocurrían eventos importantes. Este dato me dejó en *shock*, pues pensaba que iba en contra de todo principio expositivo. Durante mucho tiempo tuve dudas sobre qué era más valioso, el número de visitantes o el impacto social de la exposición. ¿Es más importante que el público vaya al IVAM o que sepa que es uno de los grandes museos de arte moderno nacionales? ¿Es más importante que la gente vaya al San Pío V o que sepa que es una de las primeras pinacotecas en España? En ese momento me preguntaba que cual era la respuesta correcta.

Un importante museo de Valencia, había sufrido un complicado revés político por causa de la censura. Nunca entenderé estas actitudes aún en nuestro siglo, pero es que, además, el único objetivo de esta censura era esconder información incómoda para los afectados. Así que la dirección del museo debía empezar de cero su programación. Por varios caminos me llegó información de que querían ponerse en contacto conmigo, y así ocurrió al poco tiempo. “¿Eres capaz de

proponernos algún tipo de exposición que pueda dar la vuelta a la actual imagen del museo?” ¡Por supuesto!, dije sin tener aún muy claro por dónde iba a ir la cosa. Una semana después ya tenían un listado de diez propuestas encima de su mesa. Y las compraron todas, y por el mismo orden que se las expuse.

Las propuestas eran para mí un caramelo, pues se trataban de continuar con la subcultura que ya habían comenzado con el mundo de los tebeos, y añadir líneas nuevas como podían ser la animación, los videojuegos o las motos.

El montaje de estas expos fue gratificante. Trabajaba con un equipo excelente de profesionales especializados cada uno en su campo que me permitían investigar el territorio, conocer a los artistas/coleccionistas, visitar sus estudios, escuchar a sus agentes, explorar los espacios, leer, pensar, diseñar, proponer y presentar un proyecto de comisariado. La línea era buena, interesante, con un toque popular que, personalmente, me era muy gratificante y los resultados medidos en visitantes

fue excelente. Este último punto parece que no a todo el mundo le parecía adecuado, y me recordó aquella pregunta que me planteé cuando colaboraba en el centro cultural: ¿Visitantes o prestigio para la sala? Es asombroso, pero a veces los dos conceptos no van de la mano. En fin, todas las exposiciones se prorrogaron en el tiempo y fueron de las más visitadas, incluso aún hoy en día se mantienen esos resultados como la cima del éxito del museo.

En este momento ya no tengo dudas de cuál es la respuesta a esa dicotomía; a mí me gusta ver cómo la gente llena las exposiciones, pasea por sus salas, responde a las preguntas de sus hijos. Para eso se hacen, además de para el enriquecimiento personal y del espíritu, para el disfrute de un momento de paz y tranquilidad, rodeados de objetos hermosos e interesantes. Algo que es muy raro hoy en día.

Hace algún tiempo preparé una campaña para el Consell Valencià de Cultura cuyo eslogan era PARA CRECER TAN IMPORTANTE ES COMER COMO LEER... añadiría Y MIRAR.